

ENTRAR EN OBEDIENCIA

Paul Béré, S.J.

*Instituto de Teología de la Compañía de Jesús
Abidjan, Costa de Marfil*

Cuando estuve a punto de terminar mi noviciado, mi Padre Maestro, muy sabiamente, me avisó que el voto de obediencia iba a ser mi campo de batalla en mi vida de jesuita. ¿Qué quería decir en realidad? ¿Cuáles eran los signos indicadores? Estos y otros interrogantes han quedado pendientes. Es posible que sea la Providencia la que me pida un ejercicio de relectura por la voz del editor del CIS, quien me ha invitado a que cuente mi experiencia del voto de obediencia. Siendo la cultura la matriz de toda humanidad, a nadie extrañará de que la mía «formatee» la comprensión de mi relación con Cristo, por la mediación del voto de obediencia. Porque el viejo adagio latino dice precisamente: *Quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur!*

Si he optado por titular esta relectura «Entrar en la obediencia» es porque quiero subrayar el carácter dinámico, y a la vez modesto, de esta experiencia. Confieso que, si hubiera podido, no hubiera elegido éste voto de entre los tres. Porque en definitiva se trata de hablar de la propia aventura de fe. Y cuando se sabe que es pequeña y que es menor menos que un grano de mostaza, hay poco que mostrar. Dicho esto, después de una breve presentación de mi experiencia cultural de la obediencia, lo que voy a decir abordará las grandes etapas de mi recorrido, etapas que me han servido de escuela de obediencia.

En mi entorno, la obediencia es estructural

Para empezar mi camino en la Compañía, tuve que dejar mi país, Burkina Faso (África Occidental), e ir a Camerún

(África Central). Este cambio geográfico marcó mi entrada en una nueva manera de estar en el mundo. Y este 'exilio' ha provocado en mí el deseo de conocer la Compañía más allá de algunos miembros encontrados aquí y allá y más allá de la literatura. Me ha permitido conocerla desde dentro.

En las zonas altas del Oeste de Camerún, el clima templado favorecía una escucha atenta de las palabras de la primera autoridad de la Compañía, el Maestro de Novicios, cuya misión consistía en transmitir el patrimonio espiritual y cultural ignaciano y jesuita¹. Del discurso sobre el voto de obediencia, recuerdo la referencia a la carta del Padre General Pedro Arrupe sobre la disponibilidad. Todavía no me daba cuenta del alcance del voto de obediencia traducido en términos de misión: ir *a* donde uno es enviado. En efecto, en mi contexto familiar, ir hacia tierras lejanas por razones de trabajo

*obedecer a la autoridad
es pues fundamental
en nuestro sistema social,
cuya noción de obediencia
está enlazada con la escucha*

es una experiencia corriente. Hacer lo que la autoridad pide me parecía completamente « normal », porque mi gente está organizada según un sistema político monárquico. Obedecer a la autoridad es pues fundamental en nuestro sistema social, cuya noción de obediencia está enlazada con la escucha. Se dice que un niño obediente, « escucha »; « entiende » lo que se

le dice. De un adulto que se porta de forma reprochable, a menudo se dice de él: « ¡No escucha a los antepasados! »; « ¡No escucha las palabras! ». Como se constata, se juntan dos realidades: las palabras y el actuar (« *Verba et facta* »). A las acciones se las interpreta a la luz de las palabras, porque cualquier acción es la puesta en práctica de una palabra. Y es mediante la palabra como se rectifica un actuar incorrecto. Por consiguiente: la palabra engendra la acción, la interpreta y la rectifica, si es necesario. De ahí se deriva su importancia.

Aquel que ejerce la autoridad debe saber manejar la palabra para conservar su carácter precioso por su rareza, su calidad, su pertinencia y su coherencia con la vida de aquel que enuncia la palabra. Todavía se constata entre nosotros: el rey o el jefe habla por persona interpuesta de manera que, en caso de error, no es la palabra del rey la que se corrige sino la del intermediario (mensajero o intérprete). En una sociedad, el mismo monarca está sometido a las disposiciones de la Tradición, cuya protección está

asegurada por los sabios que le rodean. Si llegaba a impedir de forma patente la buena marcha de la sociedad, tenía que retirarse del mundo, siendo esto la última salida de emergencia que le permitía mantener su dignidad y nobleza. En contrapartida, aunque la « contestación » tenía derecho de ciudadanía, evitaba desaforar el principio de orden que la figura de la autoridad encarnaba.

Este trasfondo cultural me predisponía a « escuchar » cualquier palabra procedente de la autoridad, a señalar mi desacuerdo en privado e, inconscientemente, a medir la proporción en credibilidad de lo que dice un superior, que yo percibía según las normas de mi sociedad: manejo de la palabra, coherencia, etc.

La obediencia como voto: camino de libertad, con múltiples retos

Cuando pronunciaba mi voto de obediencia, daba mi palabra. Afirmaba que estaba dispuesto a ir doquiera se me enviara, a hacer lo que se me pedía y a interpretar todas las cosas con rectitud de espíritu, invistiéndome totalmente. La matriz cultural, es preciso repetirlo, no es solamente viva, sino que es vivaz. Los ajustes se harían al andar.

La relación con la autoridad

En el noviciado, por ejemplo, un día el hermano ministro me pidió que cortara un árbol del jardín (¿un ecologista hubiera encontrado materia para desobedecer!). El árbol no era alto, y sus ramas llenas de hojas no permitían que mi herramienta alcanzase la base del árbol. Entonces *decidí* cortar las ramas para liberar el tronco y acceder más fácilmente a la base. « ¿Qué está haciendo? » me preguntó suavemente el hermano que, sin lugar a dudas, desaprobaba mi acción. ¡Quería que cortara el árbol, sin cortar las ramas! Traté de explicarme y pensé que me había comprendido. Y he aquí que más tarde el Padre Ministro me interpela sobre la obediencia: « Haz exactamente lo que se te pide ». Ustedes pueden imaginarse mi estado interior. Empezaba así el duro aprendizaje. Pero al

*no es solamente viva,
sino que es vivaz.
Los ajustes se harían
al andar*

final del noviciado, me encuentro con el Padre Provincial para la cuenta de conciencia. Me pregunta qué me gustaría adquirir como competencia especial en la Compañía. Mi corazón se inclinaba por las ciencias bíblicas. El provincial no dudó un sólo instante en confirmar este deseo que responde a una necesidad de la misión en nuestra provincia. Esta actitud tuvo un enorme impacto sobre mi percepción de la relación con la autoridad en la Compañía.

Esta etapa me ha enseñado que mi deseo tenía su sitio, pero que necesitaba aprender a escuchar y a poner en práctica lo que se me pedía. La obediencia, que es llamada ciega, se convierte en la postura original de aquel que quiere aprender a vivir superándose a sí mismo. La palabra a la que obedezco engendra mi acción y desvela por su medio dimensiones insospechadas de mi personalidad. Me sentía invitado a adoptar esta ceguera original en la acogida de la palabra de la autoridad para encontrar en ella la verdad que encerraba.

Más tarde, en filosofía, el rector (de origen belga) me expresó su intención de nombrarme « bedel ». Ante la tarea de hacer de puente entre el rector y la comunidad de los escolares, en un ambiente más bien duro, aprecié su delicadeza en consultarme, pero le pedí que buscara a otra

*y el ojo que ve,
no se ve*

persona. Y esto por múltiples razones. Entre todas, la que me parecía la más decisiva era la ausencia de la reunión de la gran comunidad. Después de haber consultado a ciertos formadores, por consejo del rector, le comuniqué sencillamente la razón que acabo de exponer y propuse una solución, si quería nombrarme: la relectura de nuestra manera de vivir en el escolasticado

según el modelo africano de « generación ». Temiendo que fuese una manera sutil de preparar una revuelta al estilo de “Rebelión en la granja” de George Orwell, el rector mostró su reticencia. ¿De qué se trataba?

En ciertas sociedades y culturas africanas, los padres educan al niño hasta la edad en que la compañía de otros ocupa lo mejor de su tiempo. Pero la sabiduría popular hizo comprender que hay que seguir educándose, y el ojo que ve, no se ve. El concepto de generación responde a esta necesidad de seguir la propia educación con la ayuda de los miembros de la propia educación. Cada cual es pastor de su hermano. Somos responsables de los miembros de nuestra generación. Iba surgiendo una cierta emulación entre generaciones de manera que nos interpelábamos fácilmente, sin temor y sin ambages, en ausencia de los mayores. Mi propuesta consistía en suscitar

entre los escolares un hablar sincero, una especie de corrección fraterna colectiva, y en provocar un llamamiento común a la responsabilidad personal e interpersonal. El rector me lo concedió.

La larga preparación y el desarrollo de este encuentro, el talante innovador nos han permitido hablarnos con valentía y honestidad. La palabra se tomaba libremente porque los formadores no estaban presentes, y era difícil pensar que se hablaba para dar gusto al formador. Presenté el informe al rector, que convocó luego una reunión de comunidad. Fue serena.

El servicio de la autoridad y la actitud de obediencia requieren tanto de un lado como del otro, confianza, apertura, comunión de intenciones y de corazón. La entrada en la obediencia se logra cuando los caminos emprendidos sintonizan con la cultura africana. De hecho, los valores que la vida religiosa trata de promover se encuentran a menudo en mi cultura, pero paradójicamente pueden verse comprometidos por una disonancia en el enfoque. Si la 'generación' es la mejor instancia de resolución de los problemas, ¿por qué el superior debería intervenir directamente en lugar de suscitar el funcionamiento de este modelo cultural africano?

El contexto y las condiciones de la misión

La entrada en la obediencia se confronta y se mide, en igual medida, con el contexto de la misión. El entorno convierte la experiencia de la misión en algo ligero o penoso como traducción en acto de la palabra del superior. El tiempo del 'magisterio' me lo ha confirmado. En efecto, el compromiso como joven religioso con alumnos del Colegio Libermann (Douala/Camerún) me había llenado de energías. Allí viví el gozo de la misión: experiencia de la entrega de sí para los jóvenes. En circunstancias así, uno da gracias a Dios por la misión recibida. Me sentía lleno de consolaciones, plenamente satisfecho. Pero nada es perfecto. La vida comunitaria no era ejemplar. Cuántas veces me he dicho a mi mismo: ¿Por qué me habré metido en este berenjenal? ». Y sin embargo, a pesar del estado

*los valores que la vida religiosa
trata de promover
se encuentran a menudo
en mi cultura*

de la comunidad, la misión no se cuestionaba en absoluto. Esta referencia común servía de polo crítico, y fue para mí un signo de la santidad de nuestros compromisos porque el Espíritu Santo actuaba en ella, y de la humanidad de nuestras experiencias, ilustrada por nuestra incapacidad de ser « un sólo corazón y un sólo espíritu en Cristo ».

Mi 'magisterio' me ha enseñado, así, que las condiciones reales de la misión se experimentan no únicamente *ad extra*, sino también *ad intra*. Cuando un joven religioso va a aprender a vivir la vida común de una comunidad apostólica y a interpretar todo según las Constituciones de la Compañía, la ola que nace del choque de las tensiones de la comunidad tiende, a veces, a empujarnos hacia lugares más gratificantes, es decir fuera de la comunidad. Felizmente, hoy la comunidad jesuita en sí misma se concibe como parte integrante de la misión por el testimonio que da. Desde ahora en adelante estamos ante el reto de tejer relaciones como « amigos en el Señor ».

La entrada en teología abría a mis ojos una nueva era de paz y de tranquilidad después del 'magisterio'. Antes de ir a estudiar teología, había planificado mis tres años para un estudio serio de la teología, de las lenguas bíblicas y un buen dominio del inglés, lengua de enseñanza en nuestro

*Me llamaba a superar
mis sentimientos
y mis frustraciones*

Instituto de Teología. Recibo en Nairobi un fax del provincial que me pide que haga la teología en dos años, en lugar de tres, porque antes de entrar había hecho ya dos años de teología. Desconcertado, me encuentro con el rector que me dice sencillamente: « ¡Debemos obedecer! Matricúlate en segundo año y trabaja los cursos del primer año ». Si desde el punto de vista

práctico la cuestión parecía resuelta, ciertamente no lo era en mi fuero interno. Necesité volver a las sencillas palabras de Eddie Murphy para encarrilarme de nuevo por el camino de una auténtica entrada en la obediencia. A los nuevos llegados, decía substancialmente: « De ti depende ser feliz o no, cualquiera que sea la situación en la que te encuentres ». En la noche de mis incertidumbres, su desarrollo resonaba en mis oídos como las palabras de un profeta: un hombre que habla en nombre de Dios. Me llamaba a superar mis sentimientos y mis frustraciones.

El ápice del descubrimiento de este voto se ha manifestado en el curso de los estudios especiales. La misión que he recibido después de mis estudios de teología fue la de especializarme en ciencias bíblicas. El mejor

lugar para dicha formación, se decía, es el Instituto Bíblico Pontificio de Roma. La alegría de empezar, por fin, aquello que me apasionaba volvía la obediencia en algo muy sencillo y hasta muy agradable. Me dejé llevar por el entusiasmo como un águila sobre sus alas. Si la misión de los estudios bíblicos me exaltaba, la experiencia de vida en común en un ambiente singular me hizo descubrir, más aún, las exigencias del voto de pobreza. A veces unas reflexiones o interrogantes inconvenientes nos hacen dudar de la misión. Un compañero profesor me preguntó: «¿Para quién está estudiando en el Bíblico?». Y otro afirmó: «¡Usted no tiene el fondo cultural necesario para estudios exegéticos!». Otros compañeros, y no eran pocos, esperaban verme de vuelta a casa.

A Dios gracias, numerosos compañeros nos hacen la gracia de su amistad y todo nos parece celestial. Sin embargo, ante la negatividad del contexto, pedí al provincial que me enviara a otro lugar para seguir mis estudios. Pero su decisión fue clara y precisa: «Te quedas en el Bíblico». Humanamente hablando, uno busca el mejor lugar donde se le garantice la paz del corazón y del espíritu, necesaria para un trabajo de investigación reconocido como arduo. Sin embargo, Dios nos lleva a donde quiere por sendas tortuosas. Ha suscitado y sostenido en mí un «sí» desde el fondo del corazón a través de vientos y mareas. Dicen que Dios no nos promete una travesía tranquila, sino que nos asegura llevarnos a buen puerto (cf. Jn 11,33). En este contexto la gracia de la obediencia fue el descubrimiento de que Dios actúa mediante el apoyo de algunos compañeros, que por medio de ellos va a intervenir siempre, aunque sea en el último momento y que habita el corazón que sufre por la obediencia.

Un acto que compromete el cuerpo entero

Esta lección me servirá en mi apostolado de educación en el Instituto de Teología de la Compañía de Jesús, en Abidjan, Costa de Marfil. En efecto, después de un año de transición, me he comprometido a planificar 2008-2009 en un doble nivel de enseñanza y de investigación. Y ya que acabábamos de vivir la CG 35, el Instituto ha organizado una semana para ahondar en los textos de la Congregación. El primer día, leo y medito el Decreto 1 en el cual la Compañía renueva su disponibilidad al servicio de la Iglesia. Y he aquí que me llama por teléfono el Secretario especial del sínodo sobre «La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia» previsto

*todos los miembros
de la comunidad
llamados a llevar la
misión de cada uno*

para Octubre 2008. Me pide que vaya a Roma para el trabajo que el Papa acaba de confiarle, después del fallecimiento de Mons. W. Egger. Tenía que abandonar mi plan para 2008-2009 y entrar en un proyecto en que no había pensado. Después de un discernimiento, el superior y mis compañeros me animaron a este servicio a la Iglesia. Para el joven profesor de Biblia, fue ciertamente un momento de gracia el poder vivir esta celebración de la Palabra de Dios. Pero entrar en la obediencia desbarataba todos los planes. Uno mira a María, la Madre del Verbo, que renuncia a sus proyecto para oír a Dios que dice: « Como el cielo está por encima de la tierra, mis caminos son más altos que los vuestros, mis planes más que vuestros planes » (Is 55,9).

Esta implicación en el servicio a nuestras Iglesias me ha hecho tocar con la mano la gracia de la obediencia. Pienso sobre todo que, a través de mí, es la Compañía, en general, y mi comunidad del teologado, en particular, las que entran en la obediencia. Esta obediencia tiene su precio. Para mí fue la ocasión de sentirlo, detrás de las actitudes individuales y comunitarias. Las fuerzas espirituales no actúan únicamente en el sujeto individual que entra en la obediencia; actúan también en y mediante todos los miembros de la comunidad llamados a llevar la misión de cada uno.

Conclusión

¿Qué podemos sacar en conclusión? La obediencia en vista de la misión como dimensión de mi vida de jesuita se ha ido paulatinamente ahondando en el crisol de las condiciones reales de la vida. Es un diálogo entre el concepto de obediencia tal y como ha sido heredado de mi cultura y el concepto de la Iglesia de tradición occidental. Dicho brevemente es preciso que preste atención a varios aspectos:

- *Las condiciones de la misión:* es posible que uno se encuentre en lugares de grandes consolaciones o de fuertes contradicciones, pero lo esencial consiste en *responder* a las situaciones más que a *reaccionar* ante ellas.

- *Superarse a uno mismo* : la misión es mayor de lo que yo pueda percibir ; en mi acto de obediencia, se desvela lo insospechado y, por consiguiente, es la Compañía toda entera la que se hace disponible a la acción del Espíritu de Dios.

El siervo de la autoridad: toda autoridad por definición hace crecer, y yo doy gracias por los siervos que me han ayudado. Ha ocurrido que otros han optado por esquivar su responsabilidad por el silencio o la distancia. Pero un proverbio de mi pueblo que no he olvidado nunca dice: « La liana del bosque, desprovista del árbol sobre el que enredarse, se enreda en Dios ». ¡Dios es el árbol en que descansa aquel que obedece!

*¡Dios es el árbol
en que descansa
aquel que obedece!*

¹ Saco esta distinción de P. Taft: Es « ignaciano », aquello que se remonta a la experiencia de Ignacio; es « jesuita », aquello que las circunstancias de tiempo, de lugar y de persona han hecho del espíritu de Ignacio por los que le han seguido.